

Relativo a Cristo y la Iglesia

Henri Caffarel. El Anillo de Oro, n.º especial 111-112, «El matrimonio, ese gran sacramento», mayo-agosto de 1963, pp. 323-339.

Misterio, mística, misión del hogar cristiano: estas tres palabras permiten medir en toda su amplitud la vocación de los esposos en el seno de la unión de Cristo con su Iglesia. Cristo actúa en el hogar (misterio), pero pide a los miembros del hogar que entren en su juego (mística) y cooperen en la realización del Reino del Padre (misión).

Sométanse los unos a los otros, por consideración a Cristo. Las mujeres deben respetar a su marido como al Señor, porque el varón es la cabeza de la mujer, como Cristo es la Cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su Cuerpo. Así como la Iglesia está sometida a Cristo, de la misma manera las mujeres deben respetar en todo a su marido. Maridos, amen a su esposa, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla. El la purificó con el bautismo del agua y la palabra, porque quiso para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada. Del mismo modo, los maridos deben amar a su mujer como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo. Nadie menosprecia a su propio cuerpo, sino que lo alimenta y lo cuida. Así hace Cristo por la Iglesia, por nosotros, que somos los miembros de su Cuerpo. Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y los dos serán una sola carne. Este es un gran misterio: y yo digo que se refiere a Cristo y a la Iglesia. En cuanto a ustedes, cada uno debe amar a su mujer como así mismo, y la esposa debe respetar a su marido. (Ef., 5, 21-33)

El Consejo Mundial de Iglesias, al pedirme que exponga las grandes afirmaciones en las que la Iglesia romana basa su enseñanza sobre el matrimonio, me ha dejado bastante avergonzado. El tema rebasa el marco de una conferencia. La única solución -que, por tanto, he adoptado- ha sido elegir un punto de vista que, aunque limitado, permitiera, por ser central, llegar al corazón de la teología del matrimonio.

Mi punto de partida será la gran página de Efesios, en la que todos los cristianos han visto siempre la carta del matrimonio. En primer lugar, trataré de identificar la intuición paulina y, a continuación, me esforzaré por presentar algunos aspectos fundamentales de la doctrina de la sacramentalidad del matrimonio, tal como la ha ido desarrollando la teología católica, reflexionando sobre los datos en las escrituras, por una parte, y sobre la vida concreta de los matrimonios cristianos, por otra.

Gracias al Anillo de Oro, revista internacional de espiritualidad conyugal y familiar, y a Los Equipos de Nuestra Señora, movimiento de matrimonios en más de 20 países, los cuales dirijo, estoy en contacto con miles de parejas de distintos continentes. A lo largo del camino, por tanto, me tomaré la libertad de referirme a la vida religiosa de estos hogares, así como a la teología del matrimonio, porque la vida del pueblo fiel, animado por el Espíritu Santo, no es menos rica en enseñanzas que la reflexión doctrinal.

* Quien quiera penetrar en el "misterio" del matrimonio no debe aislar el capítulo 5 de la carta a los Efesios de su contexto, como se hace con demasiada frecuencia. Al contrario, hay que situar estas consideraciones sobre el matrimonio en la gran perspectiva paulina del plan de Dios, que es el tema candente de la epístola.

El Apóstol acababa de toparse con las especulaciones helenistas sobre los seres intermedios, las Potencias, que actúan en el cosmos y en la humanidad. Le parecía que las prerrogativas de Cristo estaban amenazadas. Reaccionó con todo su ardor. Su pensamiento sobre la misión de Jesucristo se profundizó y amplió, alcanzando las grandiosas perspectivas que desarrolló, con tanto entusiasmo, en las llamadas epístolas de la cautividad: Colosenses y Efesios.

Están familiarizados con estas perspectivas: Dios, desde la eternidad, ha elaborado un plan benévolo que se realizará en la plenitud de los tiempos. Se trata de reunir todas las cosas bajo una sola Cabeza: Cristo resucitado, primogénito de toda criatura y primogénito de entre los muertos. Hacer que la plenitud de la creación habite en Él, que posee la plenitud de la divinidad, para alabanza de la gloria del Padre. Tanto es así que el Cristo glorioso es la Cabeza del inmenso Cuerpo de la humanidad salvada. Pero la construcción de este Cuerpo requiere tiempo y trabajo, y todas las criaturas deben contribuir según sus dones, su carisma y su ministerio, bajo la guía de Dios, que obra en todos.

Estas son las ideas de Pablo para los colosenses y los efesios, brevemente condensadas. Sin embargo, siendo realista como es, no termina sus epístolas sin “consideraciones parenéticas” (exhortaciones), sin preceptos generales y particulares para la vida moral, en conexión con las perspectivas doctrinales que ha desarrollado. Al escribir a los Efesios, estaba tan preocupado, iba a decir "obsesionado", por sus puntos de vista sobre la misión de Cristo que, para ayudarles a comprender la naturaleza y las propiedades del matrimonio cristiano, les ofreció el ejemplo de la unión de Cristo y la Iglesia. Y ahora le parece que, si la unión de Cristo y la Iglesia es esclarecedora para los esposos, el matrimonio humano, por su parte, permite captar mejor la relación de Cristo y la Iglesia. Esta relación, que presentó al principio de Efesios en la perspectiva Cabeza-Cuerpo, descubre que se ilumina bajo una nueva luz en la perspectiva Esposo-Esposa. Tiene cuidado de no eliminar la primera en beneficio de la segunda, sino que enriquece la una con la otra. De este modo, este texto sobre la moral doméstica se convierte en una de las páginas más ricas sobre el misterio de la Iglesia, así como en una de las más penetrantes sobre el matrimonio cristiano.

La intuición brotó como un relámpago: a partir de ahora, generaciones de cristianos no dejarán de meditar sobre esta página magistral, no sin relacionarla con el cap. XI de la Primera Carta a los Corintios. Volvamos a leerlo (Ef 5,21-33): " Sométanse los unos a los otros, por consideración a Cristo. Las mujeres deben respetar a su marido como al Señor, porque el varón es la cabeza de la mujer, como Cristo es la Cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su Cuerpo. Así como la Iglesia está sometida a Cristo, de la misma manera las mujeres deben respetar en todo a su marido. Maridos, amen a su esposa, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla. El la purificó con el bautismo del agua y la palabra, porque quiso para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto,

sino santa e inmaculada. Del mismo modo, los maridos deben amar a su mujer como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo. Nadie menosprecia a su propio cuerpo, sino que lo alimenta y lo cuida. Así hace Cristo por la Iglesia, por nosotros, que somos los miembros de su Cuerpo. Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y los dos serán una sola carne. Este es un gran misterio: y yo digo que se refiere a Cristo y a la Iglesia. En cuanto a ustedes, cada uno debe amar a su mujer como así mismo, y la esposa debe respetar a su marido.”

Esta relación puede considerarse desde cuatro ángulos:

- La unión del hombre y la mujer es la imagen a través de la cual Dios quiere hacer vislumbrar a la humanidad el misterio de la unión de Cristo y la Iglesia;
- la unión del hombre y la mujer, imagen del misterio de Cristo y de la Iglesia, es ella misma un "misterio", al estar incorporada a la unión de Cristo y de la Iglesia, transfigurada y vivificada por ella;
- la unión del hombre y la mujer debe buscar las normas de su vida moral en la contemplación de Cristo y de la Iglesia;
- la unión del hombre y la mujer es uno de los medios privilegiados que Dios utiliza para realizar su gran Designio; está al servicio de la unión de Cristo y la Iglesia.

Me limitaré al segundo aspecto, pero como es el más sintético, nos permitirá vislumbrar los otros tres. Además, tiene el mérito de situarnos en el corazón de la doctrina católica del matrimonio: la sacramentalidad del matrimonio, que exploraremos meditando sucesivamente sobre:

- el "misterio" de la pareja cristiana
- la vida "mística" de la pareja cristiana (utilizo la palabra mística en su sentido antiguo: místico es lo que se refiere al misterio de Cristo);
- el "carisma" de la pareja cristiana.

La pareja cristiana es un «misterio»

Los cristianos se casan "en el Señor" (1 Co 7:39). ¿Qué quiere decir Pablo con esto? Todo bautizado es desposeído por Cristo y en adelante le pertenece: le pertenece en todo su ser, en cuerpo y alma. Esta pertenencia no es jurídica, sino ontológica, si se quiere, mística. El bautismo lo ha vinculado vitalmente, lo ha incorporado a Cristo. A partir de ese momento, es, en cuerpo y alma, miembro del Cuerpo de Cristo (cf. 1 Co 6,15). Por eso, cuando dos bautizados se plantean el matrimonio, dada su incorporación a Cristo, sólo por Él y en Él pueden realizar su proyecto. Por eso, el nuevo ser que forman juntos, su unión, es "en Cristo"; no sólo es suyo, sino que es de Él, un miembro, un órgano de su Cuerpo. Forma parte del misterio de Cristo, "una nueva criatura".

La comunidad conyugal, célula de la Iglesia

Vemos por qué la unión de dos bautizados debe considerarse un "misterio". No tiene una simple relación extrínseca con Cristo, con la unión de Cristo y la Iglesia: la relación de la imagen con su arquetipo. Es una relación real, esencial. La unión entre el hombre y la mujer está orgánicamente unida a la unión entre Cristo y la Iglesia: participa de su naturaleza, de su vida, de su carácter misterioso. Es llevada, penetrada, irrigada, transfigurada por esta unión grandiosa de Cristo y la Iglesia.

En otras palabras, la unión entre Cristo y la Iglesia, en cada pareja cristiana, no sólo se manifiesta, sino que se actualiza.

La expresión "célula de la Iglesia" expresa esta situación de la pareja en el Cuerpo de Cristo. Célula básica, célula germinal, célula generadora, la más pequeña sin duda, pero también la más fundamental del organismo eclesial.

Padres de la Iglesia y teólogos, siguiendo las huellas de San Juan Crisóstomo, llaman a veces al hogar cristiano "una iglesia en pequeño", ecclesia mikra. Esta fórmula, que ellos entienden en un sentido extrínseco, social, puede tomarse con toda razón en un sentido infinitamente más fuerte: el ser y la vida de la pareja participan realmente del ser y de la vida de la unión de Cristo y de la Iglesia. Aferrémonos, pues, firmemente a esta primera conclusión: en la unión del hombre y la mujer, célula de la Iglesia, se manifiestan y realizan la vida y el misterio de la unión de Cristo y la Iglesia.

A nivel del Cuerpo místico, encontramos de nuevo lo que nos enseñan los biólogos contemporáneos, que cada célula del cuerpo humano contiene todas las características específicas de todo el cuerpo. Así, podemos decir que la unión del hombre y la mujer es un "gran misterio" en el sentido paulino del término (Ef 5,32); un sacramento, en el sentido de la teología católica: es decir, un "signo", que no sólo representa el misterio de la unión entre Cristo y la Iglesia, sino que también lo "contiene" e "irradia".

Esto no significa, sin embargo, que podamos concluir inmediatamente de esta página de Efesios que el matrimonio es uno de los siete sacramentos instituidos por Cristo. Aunque la Iglesia siempre ha considerado el matrimonio como una res sacra, esperó hasta el siglo XII para declarar que efectivamente es uno de los siete sacramentos de la Nueva Ley. Primero vivió esta doctrina y reflexionó sobre su práctica antes de llegar a la definición del matrimonio como sacramento.

Excursus (Digresión)

Antes de proseguir nuestro descubrimiento del misterio de la comunidad conyugal, es necesario aclarar algunos aspectos teológicos de la estructura de este sacramento. Así como el término matrimonio designa a la vez el estado de vida de los esposos y el acto por el que entraron en él, el término sacramento del matrimonio designa a la vez el acto que inaugura el estado de vida, y este estado de vida mismo. Por tanto, sería mejor decir, no "el sacramento de matrimonio", sino "el sacramento del matrimonio", o "el matrimonio es un sacramento". El matrimonio, fuente de gracia a la hora de su celebración, sigue siéndolo siempre: su unión, su

sociedad permanente, no deja de ser, para los esposos, título propio de la gracia del Señor, de la que Dios se sirve para santificar, espiritualizar y divinizar a cada uno de ellos y para perfeccionar su amor y su unidad.

Como prolongación de esta doctrina, la teología subraya que los propios esposos son los ministros de su sacramento. Como no podía ser de otro modo, si sostenemos que el contrato matrimonial es el sacramento, es evidente que los cónyuges, autores del contrato, son, por ese mismo hecho, los ministros del sacramento. La teología tardó mucho tiempo en llegar a una convicción sobre el tema, y ello al precio de una lucha encarnizada entre los dos poderes que pretendían legislar sobre el matrimonio: la Iglesia y el Estado. Pío VII declaró la inseparabilidad del contrato y del sacramento, y Pío IX precisó que los cónyuges son efectivamente ministros del sacramento. Esta doctrina sobre el contrato y el ministerio de los cónyuges es de gran interés; pone de relieve que el sacramento no es una especie de superestructura del matrimonio, como si éste necesitara ser exorcizado o al menos consagrado a posteriori, sino que el matrimonio mismo, como tal, lejos de suscitar sospechas, es para los cristianos santificado y santificante. La comunidad conyugal, comunidad Crística

Pero cerremos el paréntesis y volvamos al misterio de la comunidad conyugal. Como hemos visto, es una célula de la Iglesia; en ella no sólo se manifiesta, sino que se realiza el misterio de la Iglesia, lo que nos llevará a considerar la pequeña comunidad conyugal, a imagen de la Iglesia, como comunidad cristocéntrica, comunidad pentecostal y medio santificador.

La comunidad conyugal, la comunidad Crística. Es interesante notar el paralelismo de las dos frases de Cristo, una dirigida a la Iglesia: "Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20), y la otra dirigida a cada parte de la Iglesia, a cada reunión de discípulos en nombre de Cristo: "Cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy con ellos" (Mt 18,20). Lo que es verdad en cualquier reunión, aunque sea temporal, de unos pocos cristianos, es tanto más verdad en esta comunidad formada por Cristo y establecida en Él: la comunidad conyugal.

Cristo está presente allí con una presencia viva, activa, creadora: quiso que lo comprendiéramos cuando aceptó la invitación de los esposos de Caná y transformó el agua en vino para su alegría. Dirige esta comunidad como Yahvé condujo en su día a la multitud de hebreos arrancados de Egipto "con mano fuerte y brazo extendido" a través del desierto hasta la Tierra Prometida. "Ustedes serán mi pueblo, yo seré su Dios". Para el hogar, es a la vez la santidad absoluta que no transige y el Amor que se comunica espontáneamente para perdonar, regenerar y salvar.

Ejerce en el hogar, espiritualmente, como en la Iglesia, su triple misión de profeta que revela los secretos del Padre, de pastor que conduce a "fuentes vivas" y "verdes pastos", de sacerdote que intercede sin cesar por los suyos ante Dios y los santifica. Para esta comunidad que ha fundado, sacramentada, de la que se ha responsabilizado, se propone presentarse a sí mismo "toda resplandeciente, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa y sin mancha" (Ef 5, 27).

En el hogar, espiritualmente, como en la Iglesia, ejerce su triple misión de profeta que revela los secretos del Padre, de pastor que conduce a "fuentes vivas" y "verdes pastos", y de sacerdote que intercede sin cesar por su pueblo ante Dios y lo santifica. Para esta comunidad, que ha fundado y sacramentado, y de la que se ha hecho responsable, se propone presentarse a sí mismo "toda resplandeciente, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e inmaculada" (Ef 5, 27).

Se esforzará tanto más por conseguirlo cuanto más se preste ella a ello, cuanto más atenta esté a su Palabra, cuanto más dócil sea a su Espíritu y cuanto más recurra a la Penitencia y a la Eucaristía para "superactivar" su sacramento.

Aunque la pareja le sea a veces infiel, Él, su Dios, será fiel, siempre dispuesto a compensarla: "Recuerdo los sentimientos de su juventud, el amor de sus esponsales, cuando me siguieron al desierto... Pero rompieron su día, rompieron los lazos... Dijeron: Escribiré mi ley en sus corazones... y todos me conocerán, desde el pequeño hasta el grande" (Jeremías, *passim*).

Es a través de todas las realidades de la vida conyugal, convertidas en instrumentos de su gracia por el sacramento, como Cristo santifica a los miembros del hogar: los intercambios entre los esposos, tanto corporales como espirituales, los deberes y las tareas cotidianas, las alegrías y las penas. Pero para Él, santificar significa siempre participar en el misterio de su muerte y resurrección. Que el hogar consienta en ello, y la redención resplandecerá en todos los ámbitos de la vida familiar, "para alabanza de la gloria del Padre".

Como la gran Iglesia en el desarrollo del ciclo litúrgico, el hogar, según la época del año, pero también según los acontecimientos, se asociará más estrechamente a los misterios gozosos, o dolorosos, o gloriosos de su Señor.

Como la gran Iglesia en el desarrollo del ciclo litúrgico, el hogar, según la época del año, pero también según los acontecimientos, estará más estrechamente asociado a los misterios gozosos, dolorosos o gloriosos de su Señor.

Comunidad pentecostal

Comunidad Crística, el hogar es también una comunidad pentecostal. Porque, desde la Resurrección, la gloriosa humanidad de Cristo, que ha entrado en posesión de la plenitud del Espíritu Santo (Hch 2,33), allí donde está presente y activa, "derrama" este mismo Espíritu sobre todos los que se abren a su influjo. El Espíritu Santo es el gran don de Cristo a la "pequeña Iglesia", y también a la gran Iglesia. Por medio de él, Cristo hace de ella una "criatura nueva". Y aquí el Espíritu Santo, como poderosa levadura, actúa en la pequeña comunidad, sin cesar de reconstruir su unidad, continuamente amenazada por el espíritu de división (1 Co 12,13). Él infunde la caridad en nuestros corazones (Rm 5,5), revela a cada uno los secretos de Dios (1 Co 2,10ss), inspira la oración (Rm 8,15) y produce su fruto, que es "caridad, alegría, paz, en el servicio, confianza en los demás, dominio de sí mismo" (cf. Ga 5,22-23). Gracias a Él, alma de la gran Iglesia, la comunidad conyugal no degenera en secta separándose de la Iglesia, sino que mantiene y profundiza su vínculo con todo el Cuerpo.

Medio santificante

Habitada por Cristo, animada por el Espíritu, la comunidad conyugal será, pues, un alimento para la fe de sus miembros, un "seno espiritual", según la fuerte expresión de Santo Tomás. Santificada, es también santificadora. Las personas, las actividades e incluso las cosas son vehículos de la gracia divina, aunque en diversos grados: el amor conyugal sigue siendo un medio privilegiado de santificación para los esposos, y es a través de este amor, si se vive según las exigencias de grandeza y pureza, como Cristo no cesa de entregarse a ellos. - Ni que decir tiene que por amor conyugal entiendo el conjunto de la vida en común de los esposos, sus relaciones morales y espirituales, pero también sus relaciones carnales, pues "no se trata de saber qué licencias puede concederse la carne, sino más bien qué santidad puede revestir", escribe el abate Zundel.

He intentado levantar un rincón del misterio de la comunidad conyugal, vislumbrar la acción de Dios en el hogar cristiano, por medio de Cristo y del Espíritu Santo, sus dos "manos", como decía san Ireneo. Veamos ahora la actividad de la comunidad conyugal bajo el impulso de las energías divinas que actúan en ella. Consideremos su vida "en el Señor".

La vida «mística» de la pareja cristiana

Aunque se hayan preparado bien para el matrimonio, los esposos sólo poco a poco toman conciencia del "misterio", de las riquezas del misterio en el que están inmersos, del sacramento que han de vivir. Comienza para ellos, como para todos los que Dios elige y consagra, una historia santa, pero no pueden saber adónde les conducirá. La única y suficiente certeza es que Cristo es "el Fiel" (Ap 19,11).

«Lo que queda del paraíso»

La primera etapa de la vida matrimonial es, al menos normalmente, feliz, victoriosa, gloriosa. El amor, el amor joven, cristiano o no cristiano, se presenta casi siempre como liberación, salvación, alegría, promesa de alegría. Parece como si se hubiera redescubierto la inocencia primitiva, y con ella la reconciliación con el Creador y con las criaturas. El ser, hasta entonces desgarrado entre las tendencias contrapuestas del amor a Dios, el amor a los demás y la sexualidad, encuentra milagrosamente concedida la unidad interior. Amor a Dios, amor al cónyuge y sexualidad, estos tres impulsos se reconcilian en un solo amor. Se ha dicho que el amor es "lo que queda del paraíso en la tierra" (Arzobispo Innocent Borissov). Sí, el amor joven puede llevarnos a creer en un retorno al paraíso perdido, a la condición de la primera pareja antes del pecado.

Esta fase inaugural de la vida del hogar es breve, pero basta, en la pedagogía divina, para hacernos anhelar el Paraíso y revelarnos que el amor es realmente el camino hacia allí. Mucho más que una evocación del paraíso perdido, es una anticipación profética de las bodas del Cordero de las que habla el Apocalipsis (19,9). Su intuición es correcta, pero a menudo cometen el error potencialmente fatal de creer que su amor es la salvación, cuando en realidad sólo el sacramento de otro Amor trae la salvación.

Comunidad pecadora, arrepentida y perdonada

El amor se encarga pronto de desengañar a la joven pareja. A la excitante ilusión de haber escapado a la condición de hombres pecadores le sigue pronto el descubrimiento del mal en el corazón mismo de su unión. Donde se pensaba que estaba la comunión, se encuentra la opacidad; donde la complementariedad, la incompatibilidad; donde el don, la lujuria; donde la pureza, la insurrección del instinto. El mal se revela como divisor. Fomenta la división entre marido y mujer y, en cada uno de los cónyuges, entre carne y espíritu. A veces surgen oposiciones entre el amor humano y el amor divino, y el primero no siempre acepta ceder ante el segundo.

La tentación es grande, pues, para acusar al amor de impostura. Un momento decisivo. Si los esposos cristianos buscan en las Escrituras el sentido de lo que les sucede, pronto harán un descubrimiento o redescubrimiento trascendental: que son pecadores y que su unión no es un trozo de paraíso en medio de un "mundo roto", sino una realidad herida. Las decepciones y los fracasos que han encontrado en su unión, el contraste entre las promesas y los frutos de su amor, no serán el menor beneficio para que tomen conciencia, como nunca antes -como sólo pueden hacerlo los fracasos del amor- de su condición de pecadores. Entonces ya no dudarán de que su amor es incapaz de salvarse a sí mismo. Si, consintiendo en el cruel descubrimiento, su comunidad conyugal se convierte finalmente en comunidad penitente dentro de la gran comunidad penitente de la Iglesia y recurre a su Señor, de cuya presencia y solicitud no quiere dudar, entonces, abriéndose al perdón, renacerá en la esperanza.

Comunidad de caridad

Comunidad pecadora, arrepentida y perdonada, cada día pecadora, cada día arrepentida, cada día perdonada, la comunidad conyugal tiene las disposiciones necesarias para que la caridad, el ágape divino, le sea concedida, abundantemente. Y la caridad operante provocará poco a poco la metanoia, la conversión de todos los elementos de la comunidad familiar. Es una transformación larga, lenta y profunda, a medida que pasaban los años y se desarrollan los acontecimientos. Poco a poco, el amor conyugal se va convirtiendo en caridad, de la sexualidad cautiva a la sexualidad oblativa, y también el amor paterno y materno, que en su origen había estado tan mezclado con la complacencia, el instinto de poseer y dominar.

De este modo, por medio de la caridad, Cristo actúa para sanar y santificar a la pareja hasta lo más profundo. La iniciativa es suya, pero no completará su obra sin la ayuda de los esposos. Como hemos visto, su unión es el medio que Él quiere utilizar para santificarlos. Pero los cónyuges necesitan ver con claridad cuál debe ser su relación mutua. Mucho más reveladora que todos los libros y tratados de derecho natural, su referencia será la unión de Cristo y la Iglesia. Esta referencia es la que Pablo propone a los Efesios, cuando quiere precisar los deberes recíprocos de marido y mujer. Sólo extrae de ella algunas aplicaciones, pero nos pone en el buen camino.

Las grandes leyes del matrimonio cristiano: unidad, indisolubilidad, fecundidad, jerarquía en la pareja, son precisamente la consideración de la unión de Cristo y de la Iglesia lo que da a la Iglesia los argumentos más fuertes para definirlas y explicarlas.

De este modo, la comunidad conyugal, al abrirse a la obra de la caridad de Cristo en ella, se convierte cada día más verdaderamente en célula viva de la Iglesia. Pero no espera a que su conversión sea perfecta para asociarse a las tres funciones de la Iglesia: la función real, la función de culto y la función profética. Por el sacramento del matrimonio, la pareja se encuentra destinada al ejercicio del sacerdocio real y profético, y éste es un servicio de Dios al que no puede sustraerse sin traicionarse a sí misma.

Función real

La primera pareja ya había recibido el dominio sobre todas las criaturas, animadas e inanimadas: "Llenen la tierra y sométanla" (Gn 1,28), como Dios les había ordenado. La pareja cristiana, a su vez, recibe la misma misión. Para la pareja, como para la Iglesia de la que forma parte, se trata de ejercer el señorío sobre todos los seres para que sirvan a la construcción del Reino. Esto es particularmente cierto en el hogar que posee y administra una hacienda: las cosas encuentran su verdadero destino en el servicio de los hijos de Dios, que están a su vez al servicio del Señor: "Todo es de ustedes; ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios" (1 Co 3, 22-23). Es lo que Pío XII llamaba "la consagración del mundo".

Y ante todo, este señorío de la pareja se ejercerá sobre sus cuerpos, como principio de generación. Una conquista difícil. Y el control será precario durante mucho tiempo. Tienen que dominar este poder generador, armonizarlo, cristianizarlo y consagrarlo al servicio del plan de Dios.

Pero es sobre todo con sus hijos, queridos para el crecimiento del Cuerpo místico, con quienes deben ejercer su función real, siguiendo el ejemplo y participando del de Cristo y de la Iglesia: mediante la educación, se dedican al crecimiento del "hombre nuevo" en cada uno de los seres que Dios les ha dado.

El ejercicio de esta función crea en el hogar un clima de libertad real, la libertad de los hijos de Dios, los "salvados" y los "resucitados", a la que, según Pablo, aspiran todas las criaturas (Rm 8,21). Pero, en verdad, la función real tiene que ver con el culto. ¿No habla San Pedro de un sacerdocio real, haciendo hincapié en el sacerdocio?

Función cultural

Escuchar a Dios que habla en las Escrituras será la primera actividad de culto en el hogar: ¿no es ofrecer nuestra mente y nuestro corazón, despojados de todo pensamiento y sentimiento profano, para que Dios los llene de su Sabiduría y de su Amor? La oración es el momento ideal para abrir la Biblia, leerla, meditarla y luego responder a Dios, expresándole los sentimientos fundamentales del culto filial: adoración, alabanza, amor... Para los cónyuges abstenerse de rezar juntos es quedarse en el umbral de la vida celular eclesial de la que estamos hablando. En cambio, siguiendo el ejemplo de Tobías y Sara, rezar con un solo corazón y una sola alma es insertar cada vez más profundamente a la comunidad conyugal en la unión de Cristo y de la Iglesia, para que pueda extraer de ella riquezas cada vez más abundantes. "Es un poco como decir 'sí' al sacramento cada noche", me decía una pareja amiga sobre rezar juntos. Y cuando hay niños en casa, la oración conyugal se convierte en oración familiar, sin perder sus derechos.

También veo un profundo significado de culto en la ofrenda a Dios del niño que se espera, y especialmente en la presentación del recién nacido para el bautismo. Y también en la conmovedora ofrenda de los padres de un niño que acaba de morir.

Pero, en realidad, todas las tareas domésticas, toda la vida del hogar, están animadas por este impulso sacerdotal del que hablamos: se pone en práctica la instrucción de Pablo: "Coman o beban, hagan lo que hagan, háganlo todo para gloria de Dios" (1 Co 10 31).

Si todo el hogar tiene una misión sacerdotal, dentro de esa misión el padre tiene un papel específico. Según el Apóstol, es el "jefe" de la esposa y de la familia, lo que significa, en términos bíblicos, no principalmente que tiene órdenes que dar, sino que es el representante de la unidad conyugal y familiar ante Dios, una especie de mediador. Y por eso bendice a los suyos. Job ofreció un holocausto por cada uno de sus hijos y los bendijo (Job 1).

San Juan Crisóstomo insistió en esta enseñanza sobre la vocación cultural del hogar, como nos recordó ayer Evdokimov. Y Clemente de Alejandría, hablando del hogar doméstico, lo llamaba "casa de Dios". Pero el hogar no debe olvidar nunca que su culto deriva todo su sentido y su valor del culto eucarístico, al que prepara y continúa.

Función profética

Comunidad real, comunidad sacerdotal, el hogar es también una comunidad profética. Es profeta por sí misma. Cuántos hogares he conocido que han llegado a comprender la unión de Cristo y la Iglesia, de Cristo y el alma, descifrando lo que uno de ellos llamó "la parábola del amor conyugal". Para los niños, para los que entran bajo su techo, para todos los que lo ven vivir, el hogar es la imagen, la "epifanía", de la unión entre Cristo y la Iglesia. Al mismo tiempo, proclama, en el lenguaje más universalmente comprensible e irrefutable -el de una vida conyugal y familiar feliz y santa-, que la humanidad recibiría las mismas gracias de curación, reconciliación, amor y paz que iluminan y transforman el hogar cristiano, si, como él, se abriera al influjo de Cristo. Y, por último, anuncia las Bodas del Cordero, el día de la victoria definitiva del Amor (Ap 19,7.9).

Me reservo hablar más adelante de la educación religiosa de los hijos, que es, en efecto, el aspecto primordial de la misión profética de los padres. Estas pocas reflexiones sobre la función profética del hogar nos conducen naturalmente a la tercera parte de mi intervención sobre el "carisma" de la pareja cristiana, su modo específico de servir a la unión de Cristo y la Iglesia.

El «carisma» de la pareja cristiana

El matrimonio es un "carisma ", dice san Pablo (1 Co 7,7), y después de él los Padres traducen y matizan la misma idea con los diversos términos de ordo (el orden de los esposos, como se decía en la Edad Media), de gradus, de officium. Todos estos términos expresan su convicción de que, en una Iglesia concebida como un organismo diversificado y articulado, la pareja tiene una función específica.

¿Es necesario señalar que la finalidad de la acción de una célula en un organismo no es otra que la del propio cuerpo? Ahora bien, la actividad del Cuerpo místico está enteramente

ordenada a su crecimiento intensivo y extensivo; en esto consistirá la misión, el carisma de la pareja.

Procreación y educación, acogida y hospitalidad, servicio a la comunidad eclesial fuera del hogar: he aquí tres aspectos esenciales de la actividad de la pareja y de la familia en la edificación del Cuerpo de Cristo.

Multiplicar los hijos de Dios

La procreación y la educación adquieren un significado y un valor eminentes cuando la pareja las contempla desde la perspectiva de la edificación del Cuerpo de Cristo. Traer hijos al mundo, presentarlos a la Iglesia para que manifieste en ellos su fecundidad divina mediante el bautismo, transmitir la fe mediante la educación a aquellos a quienes se ha transmitido la vida, es verdaderamente un gran ministerio.

Es una misión de la naturaleza que se une a una misión de la Iglesia, una especie de delegación a los padres de la maternidad de la Iglesia, confiriéndoles el poder y la gracia de llevar a cabo su tarea de profetas de la Buena Nueva a sus hijos, de testigos de la unión de Cristo y de la Iglesia. Pero esto no basta, si queremos ser fieles a la idea directriz de esta conferencia. En el hogar cristiano, el niño está inmerso en la unión entre Cristo y la Iglesia que, a lo largo de los años, le rodeará, le enseñará, le iniciará en la vida de hijo de Dios y le santificará. Es en el hogar donde el niño tiene su primer contacto con la Iglesia y donde escucha el primer anuncio del Evangelio.

A medida que el niño crece, los padres deberán introducirlo en la comunidad parroquial y ponerlo en contacto con el sacerdocio jerárquico para que éste, por su parte, contribuya a su crecimiento religioso. Incluso entonces, sería un grave error que los padres renunciaran en favor del sacerdote: la acción conjunta del sacerdote y de la comunidad familiar es tan necesaria como la acción conjunta del padre y de la madre para llevar al niño a la edad adulta espiritual.

En tales hogares madurarán los frutos más hermosos del amor conyugal. Me refiero a vocaciones virginales, porque, como escribió Coventry Patmore: "Las vidas conyugales que no traicionan el honor que yace en el corazón del amor son fuentes de virginidad".

«No olviden la hospitalidad » (Hc 13, 2)

El segundo ministerio del hogar: la hospitalidad. A menudo, los hogares cristianos descuidan la hospitalidad, porque casi nunca se subraya su carácter de misión de la Iglesia. Sin embargo, los apóstoles lo dejaron claro: "Practiquen la hospitalidad con afán", escribió Pablo a los Romanos (Romanos 12,13; cf. 1 Pedro 4,9; Hebreos 13,2). Y los Padres se hacían eco de los apóstoles: "Compitemos con la Iglesia", decía un San Juan Crisóstomo a los hogares.

Para tantos de nuestros contemporáneos, ¡es tan importante ser acogidos en el corazón de un verdadero hogar! Este descubrimiento de las múltiples caras del amor -conyugal, paterno, materno, fraterno- les introduce en un mundo nuevo donde encuentran el equilibrio interior que les faltaba precisamente por no haber crecido en el ambiente insustituible de una familia feliz.

Aún más preciosas son para ellos las riquezas de gracia del hogar cristiano. El visitante no creyente puede no sospechar la presencia de Cristo y de la Iglesia, pero el hecho de que no sea consciente de ello no impide que el misterio impregne el hogar, se dé a conocer y se comunique a través de las realidades familiares de la vida doméstica, a través de todo el haz de amores del que hablaba, a través de todas las actividades cotidianas.

Por tanto, debemos pensar que, en el plan de Dios, el hogar cristiano es un "paraje" en el camino hacia la Iglesia: allí, sin saberlo, el infiel toma el primer contacto con la Iglesia, el pecador experimenta su misericordia, el pobre y el abandonado descubren su maternidad. Este descubrimiento de la Iglesia no les asusta porque, en palabras admirables de un amigo de la casa, "el hogar es el rostro amable y risueño de la Iglesia". Muchos que nunca habrían tenido acceso directo a la comunidad litúrgica y a los sacramentos son conducidos suavemente hasta allí por la comunidad familiar.

Nada parece más importante que hacer comprender a los hogares cristianos que, a través de la hospitalidad y la acogida, ejercen una "mediación" insustituible entre el mundo y la Iglesia.

Servir a la Iglesia

Me queda presentarles el tercer ministerio del hogar cristiano, que es servir a la Iglesia a través de sus actividades externas. Dejaré de lado la misión del hogar cristiano en la ciudad, porque eso requeriría otra conferencia. Si, como célula de la Iglesia, debe contribuir al crecimiento de esa Iglesia, como célula de la sociedad civil y, más ampliamente, de la comunidad humana, debe trabajar por el bien común y el progreso de la civilización. Las tareas temporales, aunque sólo indirectamente relacionadas con la venida del Reino de Dios, no son menos imperativas para los cristianos.

Esta unidad en la caridad, esta koinónia (comunidad) que Dios realiza en la comunidad familiar, debe extenderse a los que rodean el hogar. Muchas veces será como por un fenómeno de contagio. Así me lo han dicho muchos sacerdotes: desde el día en que se establece un hogar auténticamente cristiano en una calle o en un piso de protección oficial de la parroquia, mejora el clima moral, se establece la ayuda mutua entre las familias, primer paso hacia la comunión en Cristo.

Pero el servicio a la Iglesia no es sólo testimonio y proyección. También es una tarea. Hay actividades que exigen que los esposos se dediquen a ello juntos: como la formación de los novios, la ayuda a las parejas jóvenes, la ayuda a los hogares con dificultades. Ofrecen mucho más que su amistad, su experiencia o sus habilidades: ofrecen la santa realidad que viven. Éste es el secreto de una eficacia espiritual que los dones humanos por sí solos no pueden explicar.

Estos cónyuges llevan consigo el misterio con el que viven. Sería aún más exacto decir que el misterio les sostiene, les impulsa, se manifiesta en ellos como una fuerza explosiva, como me escribía hace unos meses una joven pareja: "Llevábamos algunos años cómodamente instalados en un pequeño puerto pesquero francés. Dios nos concedió la gracia de romper nuestras amarras: el gran oleaje de miseria que ruge sobre ciertas regiones del mundo es demasiado violento para sacudirnos. Así que, como médicos y enfermeros, nos

fuimos a Corea". Seamos realistas. Muy a menudo, marido y mujer trabajan en campos separados. Pero a través de cada uno de ellos, el misterio de la "pequeña iglesia" sigue actuando. También actúa a través de los hijos, en la escuela y en los grupos de pares.

Pero la comunidad conyugal será siempre, tanto para los padres como para los hijos, el lugar de "renovación" donde renuevan sus fuerzas apostólicas y aseguran la colaboración espiritual de los demás miembros de la familia.

* ¿Les sorprendería si les dijera, al final de esta conferencia, que la renovación del matrimonio cristiano me parece una de las respuestas que la Providencia prepara al ateísmo moderno? Este ateísmo nace del hecho de que nuestros contemporáneos, en sus investigaciones científicas sobre el universo material y en su estudio de las realidades sociológicas que tanto les preocupan, no han logrado encontrar a Dios. ¿No debería esto acelerar el "descenso de lo sagrado a lo profano, de lo eterno a lo temporal, del espíritu a la vida" en el que Gustave Thibon reconoce uno de los signos de nuestro tiempo? Yo añadiría que esta inserción del misterio de Cristo y de la Iglesia en la realidad más carnal y al mismo tiempo más espiritual -el hogar- es necesaria para que nuestros contemporáneos no encuentren al Dios que buscan a tientas, a menudo sin siquiera sospecharlo.

También veo en una renovación mundial del matrimonio cristiano una inmensa ayuda que Cristo ofrece a su Iglesia. En un momento en que la población mundial crece a un ritmo vertiginoso -hoy hay 3.000 millones de personas; dentro de 40 años habrá 6.000 millones-, urge multiplicar el número de testigos de Cristo en todo el mundo. Y precisamente si cada vez más hogares cristianos descubrieran que ya no pueden contentarse con ser beneficiarios de la acción santificadora de la Iglesia, sino que deben apoyar masivamente su acción apostólica, unirse al gran impulso misionero que prepara el advenimiento definitivo de Cristo, entonces, estoy convencido, asistiríamos a una prodigiosa expansión del Reino de Dios.

Por último, veo en una renovación del matrimonio una preciosa esperanza para aquellas regiones del mundo donde las estructuras eclesíásticas están paralizadas o suprimidas, donde el culto mismo no siempre es posible. Allí la Iglesia de Cristo se refugia, se concentra si puedo decirlo así, en hogares profundamente cristianos. Y en estas familias catacumbas vive una vida de santidad, y allí se perpetúa. Y Cristo prepara allí una nueva primavera de fe.